

Educación con tres Cs: capacidades, competencias y corazón

M^a del Mar Romera Morón

Cuando cae la noche y el sueño rinde la vitalidad de mis hijas, a veces las miro en el silencio y pienso en ser mágica y poder darles cuanto en la vida les podría hacer felices. Pero no puedo. No sólo no puedo, lo cierto es que no sé. La impotencia se hace más evidente cuando pienso en mi profesión: maestra. Soy maestra y madre y no sé. De aquí, de estas reflexiones, fue de donde salieron las tres palabras: capacidades, competencias y corazón. Lo que mis hijas necesitan; lo que yo necesito. Estos tres elementos hacen referencia a los tres participantes fundamentales en el juego de educar: alumnado, profesorado y familia.

Hablar de capacidades es hablar de potencialidad (porque PUEDES), hablar de competencias es apostar por la acción (porque HACES), y en último lugar pero no por ello menos importante, hablar de corazón es hablar de una educación afectiva y del afecto (porque QUIERES).

Las tres dimensiones son imprescindibles en nuestros días, en nuestras vidas y en nuestras escuelas.

“Educar con tres Cs” es aplicable a muchos más conceptos, podríamos jugar a decir que existen siete tríos de tres Cs en los que se encierran las respuestas a las preguntas que cada día nos hacemos todos aquellos y aquellas que tenemos nuestra esperanza puesta en la infancia, en el futuro y en la educación.

El número 3 representa “totalidad”, quizá porque 3 son las dimensiones del tiempo: pasado, presente y futuro. Simboliza el

equilibrio de todas las cosas manifiestas. Los pitagóricos nunca consideraron números al 1 y al 2; para ellos, la tríada fue el número primero por ser el equilibrio de las unidades. En la misión que nos ocupa: la educación, estamos tres: alumnado, familia y profesorado.

El número 7 tiene el simbolismo más conocido de todos. Representa la perfección. Siete días tiene la semana. Siete los colores del arco iris. Siete las notas de la escala musical. Siete fueron los sabios de Grecia. Siete las maravillas del mundo. Siete días tardó Dios en crear el mundo, según la Biblia. Incluso son siete las vidas que supuestamente tiene un gato y los enanitos que cuidaron a Blancanieves. El siete es un número mágico en culturas muy diversas. Parece que los problemas de nuestros días también se resolverán con 7: G-7.

Siete deben ser los sentidos de un buen profesional de la enseñanza. Como cualquier persona, el maestro cuenta con cinco sentidos, pero en el caso de esta profesión adquieren un matiz diferente. Analicemos cada uno de ellos:



- La vista: La maestra no ve, mira. Mira de una manera especial porque mira a personas especiales: los niños; y es así como debe mirar: con ojos de niño.

- El oído: La maestra no oye, escucha. Escucha lo que los niños tienen que decir, es importante. Y cuando escucha lo hace con "la oreja verde"

"Es una oreja de niño que me sirve para oír cosas que los adultos nunca se paran a sentir; oigo también a los niños cuando cuentan cosas que a una oreja madura parecerían misteriosas..."
(Gianni Rodari)

- El gusto: El maestro puede saborear cada minuto de la escuela como si fuera el último, como si fuera el primero, disfrutar del tiempo por lo que es y nunca por lo que será después. El maestro auténtico sabe interpretar el valor propedéutico de la educación para disfrutar el momento, construyendo el futuro con mucho amor como las auténticas recetas.

- El tacto: Tocar para hacer sentir, enredar los dedos entre el pelo del niño que se siente único en ese momento, porque su maestra sólo lo está tocando a él. Es como una pompa de jabón a la que el rozar con delicadeza provoca una gran emoción, pero si la caricia es demasiado brusca se rompe.

- El olfato: Nuestro genio Salvador Dalí decía que "el olfato es el que mejor trasmite la idea de inmortalidad". En la escuela, al olfato lo llamaré intuición. Otros llaman a la intuición el sexto sentido, pero aquí lo juntaremos con el olfato, para entender por un lado que la escuela debe seguir oliendo a goma y sacapuntas, oler a escuela, a entrañable, pero a la vez el "olfato del maestro" podrá conocer antes de que suceda todo lo que será relevante para la vida de un niño y actuará en consecuencia.

Analizados los cinco sentidos puede parecer que la receta esté completa, los ingredientes fundamentales están citados, pero no es así, nos faltan dos. El maestro auténtico tiene la suerte de tener SIETE SENTIDOS.

- El sentido común: Groucho Marx, dice que este sentido es un don, y que es el menos común de todos nuestros sentidos. En la receta del magisterio es imprescindible, por eso es tan difícil ser buen maestro.

- El sentido del humor: Es el mejor nivel de expresión de la comunicación y de la creatividad; es un privilegio de personas inteligentes. Freud dijo que: "El humor es la

manifestación más alta de los mecanismos de adaptación del individuo." La escuela necesita reírse, necesita demostrar y demostrarse que es inteligente, muy inteligente. Si la escuela no desarrolla su propio sentido del humor estará a disposición de que los demás hagan con ella lo que quieran, y quizá esto es lo que esté pasando. Reírse no es tomarse nada a broma, no es dejar de ser serio, es acometer las circunstancias de forma inteligente.

Con todo esto, ¿cuáles son los siete tríos de 3 Cs?

- I. Capacidades, competencias y corazón.
- II. Compromiso, coraje y confianza.
- III. Casa, colegio y camino.
- IV. Coherencia, cooperación y calma.
- V. Cambio, control y consenso.
- VI. Calidad, continuidad y convivencia.
- VII. Cabeza, cuerpo y comunicación.

Posiblemente este listado puede seguir creciendo hasta 21 que es el siguiente número mágico... Pero por ahora analizaremos éstos y profundizaremos en el primero.

Compromiso, coraje y confianza. Desde el Ministerio de Educación hasta el maestro de la unitaria más pequeña. Se trata de apostar por un compromiso lleno de coraje plantado en la mesa desde la confianza en los otros y para generarla también en ellos. La escuela debe comprometerse con la familia confiando en ella y no desde la culpa o la crítica y a la inversa igual. Todos tenemos el mismo objetivo: el futuro de nuestros hijos.

Casa, colegio y camino. El camino entre la casa y el colegio debe unir, dar seguridad y confianza a nuestros niños y niñas y no convertirse en la trinchera que separa dos bandos de una misma batalla. El camino hacia la escuela debe ser recorrido con tanto cariño e ilusión que por sí mismo genere aprendizaje. Francesco Tonucci nos propone construir entre todos una "Ciudad para los niños" que empieza por el camino a la escuela: niños y niñas solos y juntos.

Coherencia, cooperación y calma. De lo contrario ya se encargan los medios de comunicación, el consumo y la competitividad.

Cambio, control y consenso. La mejora de las competencias, de las habilidades para la vida, debe empezar por el profesorado, por los docentes, que en el cambio de rol y de perspectiva a que se ven -nos vemos- obligados en este siglo, la principal competencia, dicen algunos, es la de desaprender cada día para aprender lo nuevo y desde lo nuevo. No es que lo de ayer estuvo mal, es que lo de hoy es diferente.

Calidad, continuidad y convivencia. Hablamos aquí de una calidad que va más allá de la cantidad y de la certificación, una calidad que sin continuidad no tiene sentido. Continuidad del profesorado, de los proyectos que se inician, de las metodologías y los cambios de etapa... Continuidad desde la convivencia que respeta la diversidad dando igualdad de oportunidades y sin homogeneizar la diferencia.

Cabeza, cuerpo y comunicación. Cuando la LOE nos descubrió cuales eran las 8 competencias básicas, me di cuenta de que a mis hijas le faltaban dos con demasiada urgencia, por ese motivo en el proyecto *Educación con tres Cs*, se incluyen: la competencia emocional y la competencia física y motriz.

Desde hace casi tres años, con la llegada de la LOE, muchos y muchas hemos hablado de competencias, escrito, dado la vuelta a la pedagogía para encontrar la solución en esta terminología tan nueva como usada en la vida cotidiana, y la verdad es que necesitamos perder el miedo para afrontarla. Dicen que tener miedo es tomar conciencia de que nos faltan recursos para enfrentarnos a una amenaza, y así estamos, asustados y sin recursos, como profesionales docentes, como padres y madres y como alumnos...

La ley del 70 nos trajo una gran sistematización de contenidos, y eso en el 70 fue bueno: por aquella época quien tenía la información tenía el poder. Con la ley del 90 llegaron las capacidades en los objetivos, y eso también supuso un gran avance. Supuso, al menos de forma teórica, tener la oportunidad de atender a la diversidad dando igualdad de oportunidades. Y por último la ley de 2006 aportó competencias, las habilidades necesarias para vivir.

Las competencias no han borrado las capacidades, tampoco debemos permitir que lo hagan. La formulación de los objetivos generales en términos de CAPACIDADES es uno de los puntos más representativos de un sistema educativo constructivista. Al dejar a los centros y a los profesionales docentes la tarea de secuenciación, complementación y adecuación de objetivos, apuesta por el logro de aprendizajes significativos, por la atención a la diversidad y por la profesionalidad y creatividad del profesorado.

Cuando hablamos de capacidades hablamos de potencial, no se especifican conductas. Cuando describimos capacidades en el proceso de enseñanza y aprendizaje estamos describiendo posibilidades de un proceso dinámico y una riqueza formativa que permite ser reflexionado en sí mismo para ser mejorado. Sería un error reconvertir estas capacidades, al amparo de la programación por competencias, en conductas. Sería una vuelta atrás. Correríamos el riesgo de hacer de la escuela un lugar donde se preparen las pruebas PISA y de nuevo olvidarse de las personas.

Cuando en *Educación con tres Cs*, hablamos de capacidades, hablamos de inteligencias múltiples, de Gardner, de la diferencia como proceso y como complemento de un enfoque del desarrollo que va mucho más allá de las disciplinas, áreas o materias y de los estadios piagetianos. Estas capacidades nos llevan a las competencias, absolutamente necesarias.

La competencia es una habilidad y/o estrategia técnica con carácter ejecutable, resultado de la combinación de una o varias dimensiones de la persona cuya consecuencia es la respuesta a una situación problemática planteada, y contextualizada.

Las capacidades se gradúan, las competencias no, pues las convertiríamos en conductas. Las competencias se contextualizan y personalizan; ni siquiera los criterios de evaluación pueden ser una excusa para convertir las competencias en conductas evaluables. Con esto, perderíamos la gran conquista social de la escuela en los últimos años.

Las competencias básicas no se estudian, no son objeto de examen, no pueden estar completas en formato libro de texto.



La adquisición de las competencias depende de la metodología, de las tareas, de las actividades, de los contextos pedagógicos en las que éstas se enmarcan. Su relación con el resto de los elementos curriculares (objetivos, contenidos y criterios evaluación) es importante, pero no determinante. El grado de desarrollo de una competencia no lo marca el nivel en el que el niño o la niña está escolarizada. Lo marca el niño, su espectro intelectual y sus experiencias previas en el resto de contextos en los que vive (no sólo la escuela). Por este motivo el Real Decreto no diferencia niveles de competencia entre educación primaria y secundaria, y quizá tampoco deberíamos hacerlo en los proyectos educativos. Sería cerrar el curriculum, llevar las competencias también al texto, romper la posibilidad de repercusión para la educación y para el futuro.

La clave del trabajo por competencias está en la elección de las tareas, en la implicación y la responsabilidad del docente, en sus potenciales, en sus gustos, en su afán de superación y en sus propias competencias docentes, nunca relacionadas con los contenidos que se trabajan.

Todo lo escrito sobre estas líneas no tiene sentido sin *corazón*. Habría que incluir la competencia emocional en los currículos escolares de forma explícita y coherente con el quehacer metodológico.

vivan, disfruten y sonrían. Contribuir en el desarrollo de su inteligencia va más allá de la mera instrucción, de la reproducción de los sistemas.

Contribuir en su desarrollo pasa por la búsqueda compartida de su propio auto-concepto y su autoestima, por el desarrollo de su autonomía, aquella que les permita tomar decisiones autónomas y responsables en el momento en el que les ha tocado vivir. Ser persona, pensar y convivir. Guiar su búsqueda hacia la propia calidad de su vida, una calidad de vida no determinada por los títulos ni las haciendas, una calidad de vida determinada por la calidad de los pensamientos y controlada por lo tanto por cada persona, desde sus habilidades intrapersonales y sus habilidades interpersonales.

Los niños y las niñas de hoy quieren vivir dignamente su infancia, tienen derecho a ello, y los adultos también tenemos el deber de proporcionarles las condiciones que lo permitan.

No podemos pretender que las cosas cambien si siempre hacemos lo mismo. Yo confío, confío en la inventiva, en los maestros, en las personas, en el futuro... en mis hijas.

Autoconcepto	Conversación interior	Detención pensamientos negativos	Facetas positivas de los errores	Relajación y meditación
Empatía				Resolución de conflictos
Autonomía	Evitación frustraciones	Control de generalizaciones	Pensamiento creativo	Comunicación
				Consenso
Autoestima	Declaración aspectos positivos	Reconocimiento de los prejuicios	Visualización e imaginación	No preocuparse por la opinión de los demás
Asertividad				Ocuparse
Afirmaciones positivas y repetitivas	Aceptación cumplidos	Conciencia del lenguaje no verbal propio	Diario de emociones	Habilidades sociales.
				Visión de la diferencia frente a la deficiencia

Todo producto, invento o acción, antes de ser creado, fue soñado. Sólo si como maestros somos capaces de jugar y de soñar podremos contribuir a que los niños y niñas

M^a del Mar Romera Morón es psicopedagoga, maestra de Educación Infantil y Primaria y especialista en Educación Emocional.